

gre y de esfuerzos. Con más precisión táctica que la batalla de Hohenlinden — que en algo se le parece, — tiene la originalidad de un plan que se adapta á un terreno, en que las operaciones se encierran dentro de líneas matemáticas, á la manera de un problema geométrico con su método riguroso de solución. Habría dado por resultado — como se ha visto, — una rendición completa, tal vez con una sola carga, si el plan hubiese sido ejecutado puntualmente, bastando asimismo que él se desenvolviese en parte en las condiciones más desventajosas para asegurar una victoria decisiva. Por lo tanto, puede presentarse como un modelo clásico del arte militar, en que la habilidad debilita al enemigo y lo desmoraliza, la previsión asegura el éxito final, y la inteligencia es la que combate en primera línea, interviniendo la fuerza como factor accesorio.

Como acontecimiento político y en relación con los destinos americanos, su importancia es mayor aún, como lo han reconocido los primeros historiadores y hasta los mismos adversarios vencidos. Ella dió la primera señal de la guerra ofensiva de la independencia sud-americana, y conquistó para siempre su sólida base de operaciones en el mar y las costas del Pacífico. Dió sobre todo, el ejemplo del plan de campaña continental á la revolución del nuevo mundo emancipado, aislando al poder español en sus colonias dentro el estrecho recinto del Perú, donde debía ser vencido en palenque cerrado por efecto de su impulsión inicial. Salvó á la revolución argentina de su ruina y contuvo la invasión que la amenazaba por el Alto Perú, suprimiendo un enemigo peligroso que la amenazaba por el flanco, y dióle expansión, sin lo cual habría tal vez sido sofocada en su cuna. Fué la primera batalla americana con largas proyecciones históricas. El virrey del Perú, Pezuela, confiesa que marcó el momento en que la causa de España empezó á retrogradar en América y su poder á ser conmovido en sus fundamentos. « La desgracia que padecie-

» ron nuestras armas en Chacabuco, poniendo el reino de Chile á discreción de los invasores de Buenos Aires, tras-
» tornó enteramente el estado de las cosas, fué el principio de
» restablecimiento para los disidentes, y la causa nacional re-
» trogradó á grande distancia, proporcionando á los disiden-
» tes puertos cómodos donde aprestar fuerzas marítimas para
» dominar el Pacífico. Cambióse el teatro de la guerra: los
» enemigos trasladaron los elementos de su poder á Chile,
» donde con más facilidad y á menos costa podían combatir
» al nuestro en sus fundamentos » (16).

Un historiador español, general que á la sazón militaba bajo las banderas del rey, sintetiza sus resultados generales con tanta tristeza como concisión. « La fácil pérdida del
» reino de Chile fué un suceso de inmensa trascendencia para
» las armas españolas » (17).

VI

En medio del pánico que produjo entre los realistas el desastre de Chacabuco, sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la suerte de la causa del rey. Fueron las del argentino Baraúño, el coronel español José Ordóñez y el achilenado Sánchez, valeroso defensor de Chillán después de San Carlos. Baraúño había acudido á marchas forzadas con su regimiento de húsares desde San Fernando, donde se hallaba destacado á fin de incorporarse al ejército realista situado en Chacabuco. Su presencia hubiera hecho sin duda la victoria más

(16) « Manifiesto en que el virrey de lPerú, D. Joaquín de la Pezuela refiere el hecho y circunstancias de su separación del mando, etc. » p. 22 y 93.

(17) Camba, « Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú, » t. I, p. 267.

costosa, pues era, como queda dicho, su primera espada de caballería y su cuerpo uno de los más decididos; pero al llegar al portezuelo de Colina, tuvo la noticia de la derrota. Propuso á Marcó reunir todos sus escuadrones disponibles, que podrían alcanzar á 800 hombres, y tomando otros tantos infantes á la grupa, marchar sobre el campo de batalla y caer en la noche de sorpresa sobre los vencedores desprevenidos (18). Marcó contaba en Santiago, además de los húsares, con el grueso de los dragones de Morgado, los batallones de Chiloé y Chillán y 250 artilleros con 16 piezas, pero incapaz de hacer ni dejar hacer, después de pusilánimes trepidaciones, sólo pensó al fin en la fuga, evacuando en desorden la capital que dejó entregada al saqueo del populacho. En cuanto á Ordóñez y Sánchez, pronto los veremos reaccionar en el sud de Chile manteniendo la campaña con tesón y fortuna varia.

San Martín, que por prudencia ó cansancio de su tropa se había reconcentrado sobre la hacienda de Chacabuco en la noche del 12, tomando precauciones contra una sorpresa, al tener noticia de estos sucesos en la madrugada del 13, dispuso que el ejército continuara su marcha, haciendo adelantar á Necochea con su escuadrón para garantir el orden en la capital. El 14 hizo su entrada triunfal el ejército vencedor en la ciudad redimida, sustrayéndose modestamente el general libertador á las ovaciones populares. Como lo ha dicho un

(18) Hemos oído discutir personalmente este punto hipotético ó uchrónico al mismo Barañao con el general Las Heras, que compatriotas, y adversarios en su juventud durante la guerra de la Independencia, fueron íntimos amigos en su ancianidad. Barañao sostenía treinta años después (en 1849) que habría obtenido un completo éxito en su empresa, y Las Heras admitía la posibilidad remota, pues en la embriaguez de la victoria lo que menos se esperaban era un ataque, aun cuando no estuvieran del todo desprevenidos contra tal eventualidad. Era una aventura desesperada, que no pasó de una ocurrencia personal, y que para ejecutarla requería cabeza y corazón en los directores y nervio en los soldados, que es lo que precisamente faltaba.

historiador chileno con este motivo: « Ocupado en realizar » sus vastos planes, miraba en menos esas fútiles manifes- » taciones que á nada conducen, y aun en esos mismos mo- » mentos, pensaba sólo en los recursos que debía proporcio- » narle la victoria para llevar adelante la grandiosa obra á » que estaba empeñado. » El día antes 13 de febrero de 1817 Yapeyú, la aldea en que naciera San Martín, era reducida á cenizas por una invasión esclavizadora (19).

Al apearse del caballo cubierto aún con el polvo del combate, su primer pensamiento fué por los pueblos cuyanos que le habían proporcionado los medios de realizar su empresa, y escribió al cabildo de Mendoza: « Gloriése la admirable » Cuyo de ver conseguido el objeto de sus sacrificios. Todo » Chile es ya nuestro. » Á los cabildos de San Juan y San Luis, les decía: « Las armas victoriosas del Exto. de la » Patria ocupan ya el reino de Chile, rompiendo la fatal » barrera que antes los separaba de sus hermanos y vecinos » los habitantes de Cuyo. Me apresuro á felicitar á V. S. y » á ese benemérito pueblo, manifestándole la expresión más » tierna de mi gratitud á su patriotismo y constantes esfuer- » zos, que sin duda fué el móvil más poderoso que contri- » buyó á la formación del Exto. de los Andes » (20). Al día siguiente expidió un bando convocando una asamblea de notables á fin de que designasen tres electores por cada una de las provincias de Santiago, Concepción y Coquimbo para que éstos nombraran al jefe supremo del Estado.

Reunida la asamblea en número de 100, bajo la presidencia del gobernador don Francisco Ruiz Tagle, elegido interina-

(19) Barros Arana, « Hist. de la Indep. de Chile, » t. III, p. 429.

(20) Of. de San Martín de 14 de febrero en Santiago de Chile, cuyo original se conserva en el archivo de Mendoza. El borrador de este oficio existe en su archivo, vol XII, M. S. — Dos ofs. de San Martín de la misma fecha (14 de febrero). (Arch. San Martín, vol. XII. M. S.)

mente por el pueblo al tiempo de la fuga de Marcó, los concurrentes protestaron contra el proceder indicado por San Martín y declararon por aclamación que « la voluntad unánime era nombrar á don José de San Martín gobernador de Chile con omnimoda facultad », y así lo hicieron constar en el acta que se levantó — y todos firmaron ante escribano público (21). El general, como el hombre antiguo de Plutarco, rehusó el premio y sólo aceptó una hoja de laurel sagrado para su patria. Fiel á sus instrucciones y á su plan político, negóse á aceptar el mando que se le ofrecía, y convocó por intermedio del cabildo una nueva asamblea popular á que concurrieron 210 vecinos notables. El auditor del ejército de los Andes, Dr. Bernardo Vera, reiteró públicamente la renuncia de San Martín, y fué aclamado en el acto el general O'Higgins director supremo del estado de Chile, declarando Vera, que la elección era del agrado del general. El nuevo director nombró por ministro del interior á don Miguel Zañartu, carácter entero y decidido partidario de la alianza chileno-argentina, y en el departamento de guerra y marina al teniente coronel don José Ignacio Zenteno, secretario de San Martín. Su primer acto de gobierno fué dirigirse al pueblo declarando solemnemente : « Nuestros amigos, los hijos de las provincias del Río de la Plata, de esa nación que ha proclamado su independencia como el fruto precioso de su constancia y patriotismo, acaban de recuperarnos la libertad usurpada por los tiranos. La condición de Chile ha cambiado de semblante por la grande obra de un momento, en que se disputan la preferencia, el desinterés, mérito de los libertadores y la admiración del triunfo. ¿ Cuál deberá ser nuestra gratitud á este sacrificio

(21) Acta del Cabildo abierto en Santiago de Chile el 18 de febrero de 1817, h. imp. en fol. Este documento falta en las colecciones de leyes y decretos de Chile.

» imponderable y preparado por los últimos esfuerzos de los pueblos hermanos? Vosotros quisisteis manifestarla depositando vuestra dirección en el héroe. Si las circunstancias que le impedían aceptar hubieran podido conciliarse con vuestros deseos, yo me atrevería á jurar la libertad permanente de Chile » (22). — Al dirigirse á las naciones extranjeras, anunciando su elevación al mando bajo los auspicios de la reconquista, les decía : « Ha sido restaurado el hermoso reino de Chile por las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata bajo las órdenes del General San Martín. Elevado por la voluntad del pueblo á la suprema dirección del Estado, anuncia al mundo un nuevo asilo en estos países á la industria, á la amistad y á los ciudadanos todos del globo. La sabiduría y recursos de la nación Argentina límite, decidida por nuestra emancipación, da lugar á un porvenir próspero y feliz con estas regiones » (23).

Como atributo cómico de su corona de triunfador, fué presentado á San Martín entre los trofeos, al Thersites de la campaña, el presidente y capitán general de Chile por el rey, don Francisco Casimiro Marcó del Pont, á quien veremos más adelante figurar cómicamente en una tragedia. Al evacuar la capital, sus tropas se le dispersaron, y una parte de ellas se embarcó despavorida en el puerto de Valparaíso con el general Maroto á su cabeza, dejando más de la mitad en tierra. Marcó, tan afeminado en la derrota como soberbio en el poder, no tuvo alientos ni aun para huir, y separándose furtivamente con su comitiva de sus compañeros de desgracia, por esquivar la fatiga de una marcha rápida, no alcanzó á embarcarse á tiempo, y fué hecho prisionero.

(22) Proclama del director O'Higgins de 17 de febrero de 1817. (Gac. de B. A. de 8 de marzo del mismo.)

(23) « Vindicación histórica. » Papeles del B. Gral. Guido, p. 28.

Llevado á presencia del vencedor (22 de febrero) éste le recibió de pie, y extendiéndole la mano derecha, le dijo con semblante risueño : « ¡ Oh, señor general ! ¡ Venga esa blanca mano ! » En seguida lo introdujo á su gabinete de trabajo y conferenció á solas con él por cerca de dos horas, despidiéndolo cortésmente. Esta fué toda su venganza contra el que le había quemado por mano de verdugo sus comunicaciones, ahorcado á sus agentes y puesto á talla su cabeza (24).

Tan sólo se permitió una venganza humorística. Un fanático fraile agustino, haciendo un juego de palabras, había predicado contra él durante el período de Marcó. — « San Martín ! ¡ Su nombre es una blasfemia ! había exclamado desde el púlpito sagrado. No le llaméis San Martín, sino Martín, como á Martín Lutero, el peor y más detestable de

(24) En *La Lira Argentina*, p. 241, en nota á una de sus composiciones poéticas, se lee : « En un oficio dirigido por Marcó á San Martín, le decía : « *Yo firmo con mano blanca, y no como la de V. S. que es negra.* » No existen tales palabras en ningún oficio de Marcó al general de los Andes, si bien parece que las pronunció al firmar el que le dirigió con motivo de la notificación de la declaratoria de la independencia argentina, según nos informó el ingeniero Álvarez Condarco, que fué el conductor, como se ha relatado antes. Los señores Amunátegui, en su « *Reconq. Esp.* » pág. 189, describen una escena grotesca é indigna del carácter formal y discreto de San Martín. Según ellos, el general recibió al prisionero sentado y le hizo una acogida glacial, midiéndolo de pies á cabeza, y que en seguida, cuando éste pretendió rendirle su espada, le contestó con desdén que le conservase, pues no lo necesitaba para nada, alargándole al mismo tiempo el bando que ponía á precio su cabeza, y que continuó largo rato en divertirse con su turbación haciéndole cargos y reconvenciones.

El general Espejo, que fué testigo presencial de la entrevista, y cuya palabra merece fe como tal y por su seriedad, relata la escena en los términos del texto, refutando la versión de los señores Amunátegui con su testimonio autorizado con argumentos sin réplica. El director Pueyrredón, al felicitar á San Martín por la victoria de Chacabuco, le escribía confidencialmente el 23 de febrero de 1817 : « Celebro que con tantas mañas por su parte se haya ensartado el señor Marcó. Si por accidente cae en nuestro poder, trátelo V. como un caballero, y mándemelo aquí sin demora, para enseñarle yo también, que lo somos más que él. » (Arch. San Martín, vol. XI.) M. S.

» los herejes ». Llamado á su presencia y con ademán terrible, fulminándolo con su mirada, lo apostrofó : « ¡ Cómo ! » Usted me ha comparado á Lutero, quitándome el *San* ! » ¿ Cómo se llama usted ? — Zapata, señor general, respondió el fraile humildemente. — Pues desde hoy le quito el *Za* en castigo, y lo fusilo si alguien le da su antiguo apellido ». — Al salir á la calle un correligionario le llamó por su nombre. El fraile aterrado le tapó la boca y prorrumpió en voz baja : — « No ! no soy el padre Zapata, sino el padre Pata ! Me va en ello la vida ! »

Alojado en el palacio de los obispos, con escasos muebles y con puertas que no tenían ni cerraduras, como que había poco que guardar, vivió modestamente, sin permitirse más lujo que una mesa de estado, y en la cual se presentaba únicamente á los postres. Según su costumbre, comía en la cocina. Como á la sazón no tenía ropa, mandó componer el capotón de campaña con que había pasado la cordillera, forrar de nuevo con hule su maltratado falucho y dar vuelta al paño de su casaca (25). Un español realista que por acaso vió la casaca en casa del sastre, queriendo congraciarse, llevó una pieza de rico paño de San Fernando para que le hiciese una nueva. Sabedor de la ocurrencia, San Martín mandó construir con el paño ocho fracs, imponiendo al oficioso español, que durante una semana se pusiese uno cada día, con la obligación de pasar por su palacio y hacer una cortesía al enfrentar su ventana. ¡ Humoradas de vencedor !

Sólo un escarmiento se hizo. El feroz San Bruno, manchado con los asesinatos alevosos de los prisioneros en la cárcel de Santiago, y que había oprimido bárbaramente á la población, fué tomado prisionero en Chacabuco, sometido á juicio, condenado á muerte y ejecutado en la plaza pública. Fué justicia.

(25) Véase « *Cuentas del Gran Capitán* » por B. Mitre, pág. 5 y sig.